

Documentos bibliográficos de apoyo a Historia de Chile Período Hispánico

Nivel 2º Año Medio

Recopilación Prof. Manuel Zamorano Ch.

Documento N° 1

Carta II de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V (Extracto)

“Sacra Católica Cesárea Majestad.

Cinco años ha que vine de las provincias del Perú con provisiones del Marqués y Gobernador don Francisco Pizarro a conquistar y poblar éstas tierras de la Nueva Extremadura (*llamadas así en homenaje a F. Pizarro originario de Extremadura, España, igual que Valdivia*), llamadas primero Chili, y descubrir otras adelante, y en todo este tiempo no he podido dar cuenta a vuestra majestad de lo que he hecho en ellas, por haberlo gastado en su cesáreo servicio, y bien sé escribió el Marqués a vuestra majestad cómo me envió y dende a un año me llegué a esta tierra envié por socorro a la ciudad del Cuzco al capitán Alonso de Monroy, mi teniente general, y halló allí al gobernador Vaca de Castro, el cual así mismo escribió a vuestra majestad dando razón de mí, y otro tanto hizo el capitán Monroy con relación, aunque breve, de lo que había hecho hasta que de aquí partió; y tengo a muy buena dicha hayan venido a noticia de vuestra majestad mis trabajos por indirectas primero que las importunaciones de mis cartas, para por ellos pedir mercedes, las cuales estoy bien confiado me las hará vuestra majestad en su tiempo con aquella liberalidad que acostumbra pagar a sus súbditos y vasallos sus servicios; y aunque los míos no sean de tanto momento cuanto yo querría, por la voluntad que tengo de hacerlos los más crecidos que ser pudiesen, me hallo merecedor de todas las mercedes que vuestra majestad será servido de me mandar hacer y las que yo en esta carta pediré, en tanto que los trabajos de pacificar lo poblado me dan lugar a despachar y enviar larga relación de toda esta tierra y la que tengo descubierta en nombre de vuestra majestad y la voy a conquistar y poblar, suplico muy humildemente me sean otorgadas, pues las pido con celo de que mi buen propósito en su real servicio haga el fruto que deseo, que ésta es la mayor riqueza y contentamiento que puedo tener. Sepa vuestra majestad que no había hombre que quisiese venir a esta tierra, y los que más huían Della eran los que trujo el Adelantado don Diego de Almagro, que, como la desamparó, quedó tan mal infamada que como de la pestilencia huían Della; y aún muchas personas que me querían bien y eran tenidos por cuerdos no me tovieron por tal cuando me vieron gastar la hacienda que tenía en empresa de conquista tan apartada del Perú y donde el Adelantado no había perseverado más de quinientos mil pesos de oro, y el fruto que hizo fue poner doblado ánimo a estos indios; y como vi el servicio que a vuestra majestad se hacía en acreditarla, poblándola y sustentándola para descubrir por ella hasta el Estrecho de Magallanes y Mar del Norte, procuré de me dar buena maña y busqué prestado entre mercaderes; y con lo que yo tenía y con amigos que me favorecieron hice hasta ciento y cincuenta hombres de pie y caballo con que vine a esta tierra, pasando en el camino todos grandes trabajos de hambres, guerras con indios y otras malas venturas que en estas partes ha habido hasta el día de hoy en abundancia.

Luego tove noticia que se hacia junta de toda la tierra en dos partes para venir a hacernos la guerra; y yo con noventa hombres fui a dar en la mayor, dejando a mi teniente para la guardia de la ciudad (*de Santiago*) con cincuenta, los treinta de caballo. Y en tanto que yo andaba con los unos, los otros vinieron sobre ella y pelearon todo un día en peso (*completo*) con los cristianos, y le mataron XXIII caballos y cuatro cristianos y quemaron toda la ciudad y comida y la ropa y cuanta hacienda teníamos que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para la guerra y con las armas que a cuestras traíamos, y dos porquezuelas y un cochinitillo y una polla y un pollo y hasta dos almuezas (*porción equivalente a ambas manos juntas*) de trigo; y al fin al venir de la noche cobraron tanto ánimo los cristianos con el su caudillo les ponía que, con estar todos heridos, favoreciéndolos Señor Santiago, que fueron los indios desbaratados y mataron dellos grand cantidad; y otro día me hizo saber el capitán Monroy la victoria sanctgriente, con pérdida de lo que teníamos y quema de la ciudad. Y en esto comienza la guerra de veras, como nos lo hicieron, no queriendo sembrar, manteniéndose de unas cebolletas y una simiente menuda como avena que da una yerba, y otras legumbres que produce de suyo esta tierra, sin lo sembrar y en abundancia; que con esto y algún maicejo que sembraban entre las sierras podían pasar como pasaron.

Como vi las orejas al lobo, parecióme para perseverar en la tierra y perpetuarla a vuestra majestad, habíamos de comer del trabajo de nuestras manos como en la primera edad. Procuré de darme a sembrar y hice de la gente que tenía dos partes, y todos cavábamos, arábamos y sembrábamos en su tiempo, estando siempre armados y los caballos ensillados de día; y una noche hacía cuerpo de guardia la mitad y por sus cuartos velaban, y lo mesmo la otra; y hechas las sementeras, los unos atendían a la guardia dellas y de la ciudad de la manera dicha, y yo con la otra andaba a la continua ocho y diez leguas a la redonda della, deshaciendo las juntas de indios do sabía que estaban, que de toas partes nos tenían cercados; y con los cristianos y pequezuelas (*indígena*) de nuestro servicio que trujimos del Perú reedifiqué la ciudad y hecimos nuestras casas y sembrábamos para nos sustentar, y no fue poco hallar maíz para semilla, y se hobo con harto riesgo, y también hice sembrar las dos almuezas de trigo, y dellas se cogieron aquel año doce hanegas con que nos hemos sementado.

Por el mes de setiembre del año de 1543 llegó el navío de Lucas Martínez Vegaso al puerto de Valparaíso con el capitán Monroy; y desde entonces los indios no osaron venir más ni llegaron cuatro leguas en torno desta ciudad, y se recogieron todos a la provincia de los Promaocaes (*indígenas rebeldes entre los ríos Maipú y Maule*), y cada día me enviaban mensajeros diciendo que fuese a pelear con ellos y llevase los cristianos porque querían ver si eran vallentes.

El capitán y piloto del navío, se llama Joan Baptista de Pastene, ginovés, hombre muy práctico en cosas tocantes a la navegación.

Pasada la furia del invierno, mediado agosto, que comienza la primavera, fui al puerto; y sabiendo la voluntad del capitán que era servir a vuestra Majestad en estas partes, le hice mi teniente general en la mar y le envié a descubrir costa hacia el Estrecho de Magallanes, dándole otro navío y muy buena gente para que me tomase posesión, en nombre de vuestra majestad, de esa tierra; y de ello le da fee Juan de Cardeña como escribano mayor del juzgado destas provincias.

Sepa vuestra majestad que, desde el valle de Copoyapo hasta aquí, hay ciento leguas y siete valles en medio, y de ancho hay veinte y cinco leguas por lo más; y porque ya en esta tierra se pueden sustentar todos los que están y vinieren. Sepa que esta ciudad de Sanctiago del Nuevo Extremo es el primer escalón para armar de los demás e ir poblando por ellos toda esta tierra a vuestra majestad hasta el Estrecho de Magallanes. Y de aquí ha de comenzar la merced que vuestra majestad será servido de me hacer, porque la perpetuidad desta tierra y los trabajos que por sustentarla he pasado, no son para más de poder emprender lo de adelante. También repartí esta tierra porque así convino para aplacar los ánimos de los soldados y dismembré a los caciques desde este valle del Mapocho hasta Maui.

Así que invictísimo César, desta tierra y de su sustentación y perpetuidad y descubrimiento, la verdad yo la digo a vuestra majestad al pie de la letra; y así ella y a su cesárea voluntad halle yo siempre en mi favor; que por lo que deseo no venga persona que me extraiga del servicio de vuestra majestad ni perturbe emplear la vida y hacienda que tengo en descubrir, poblar, conquistar y pacificar toda esta tierra hasta el Estrecho de Magallanes, y tal que en ella pueda a los vasallos de vuestra majestad que conmigo tengo, pagarles lo mucho que en ésta han trabajado; y después desto que es mi principal contento y que vuestra majestad tenga noticia de mis servicios y merezca oír y ver por cartas de me tener en el número de sus leales súbditos y vasallos y criados de su real casa.

El portador desta carta se llama Antonio de Ulloa; es estimado por mí y por los que le conocen por sus obras y buenas maneras, por caballero y hijodalgo, gastando para venirle a servir él por acá; por esas razones es merecedor de las mercedes (*voluntad o mandato*) que vuestra majestad fuere servido de le mandar hacer en estas tierras.

Cuya sacratísima persona por largos tiempos guarde Nuestro Señor con la superioridad y señorío de la cristiandad y monarquía del universo. Desta ciudad de La Serena, a cuatro de setiembre, 1545.

Muy humilde súbdito y vasallo de vuestra majestad, que sus sacratísimos pies y manos besa.

Pedro de Valdivia.”

Documento N° 2

La Araucana, de Alonso de Ercilla y Zúñiga. (Extracto)

Canto I:

Descripción de Chile y de los habitantes de Arauco.

“Chile, fértil provincia y señalada
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa;
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida.

Es Chile norte sur de gran longura,
costa del nuevo mar, del sur llamado,
tendrá del lleste a oeste de angostura
cien millas por lo más ancho tomado:
bajo del polo antártico en altura
de veintisiete grados prolongado
hasta do el mar océano y chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.

Digo que norte sur corre la tierra,
y bñala del oeste la marina;
a la banda de leste va una sierra
que el mismo rumbo mil leguas camina:
en medio es donde el punto de la guerra
por uso y ejercicio más se afina
Venus y Amor aquí no alcanzan parte
sólo domina el iracundo Marte.

Es Arauco que basta el cual sujeto
lo más deste gran término tenía
con tanta fama, crédito y conceto,
que del un polo al otro se extendía
y puso al español en tal aprieto
cual presto se verá en la carta mía
veinte leguas contienen sus mojonos
poséenla diez y seis fuertes varones.

Y desde la niñez al ejercicio
los apremian por fuerza y los incitan,
y en el bélico estudio y duro oficio
entrando en más edad los ejercitan,
si alguno de flaqueza da un indicio
del uso militar lo inhabilitan
y el que sale en las armas señalado
conforme a su valor le dan el grado.

Las armas dellos más ejercitadas
son picas, alabardas y lanzones,
con otras puntas largas enastadas
de la hechura y formas de punzones;
hachas, martillo, mazas barreadas,
dardos, macanas, flechas y bastones,
lazos de fuertes mimbres y bejucos
tiros arrojadizos y trabucos.

Canto III: Batalla de Tucapel

Así los araucanos resolviendo
contra los vencedores arremeten
y las rendidas armas esgrimiendo
a voces de morir todos prometen:
tiembla y gime la tierra del horrendo
furor con que ambas partes se acometen;
derramando con rabia y fuerza brava
aquella poca sangre que quedaba.

De dos en dos, de tres en tres cayendo
iba la desengranada y poca gente,
siempre el ímpetu bárbaro creciendo
con el ya declarado fin presente:
fuese el número flaco resumiendo
en catorce soldados solamente
que constantes rendir no se quisieron
hasta que al crudo hierro se rindieron.

Sólo quedó Valdivia acompañado
de un clérigo que a caso allí venía,
y viendo así su campo destrozado
el mal remedio y poca compañía,
dijo: “pues pelear es excusado
procuremos vivir por otra vía”
pica en esto el caballo a toda prisa
tras él corriendo el clérigo de misa.

Y tanta infinidad de tiros lanzan
que espesa y recia lluvia dellos hubo:
en fin a poco trecho los alcanzan
que un paso cenagoso los detuvo:
los bárbaros sobre ellos se abalanzan
por valiente el postrero no se tuvo:
murió el clérigo luego, y maltratado
trajeron a Valdivia ante el senado.

Caupolicán, gozoso en verlo vivo
y en el estado y término presente
con voz de vencedor y gesto altivo
le amenaza y pregunta juntamente:
Valdivia como mísero cautivo
responde y pide humildemente
que no le den muerte y que les jura
dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que apuntando a Valdivia en el cerebro
descarga un gran bastón de duro enebro,
que a valdivia entregó al eterno sueño
y en el suelo con súbita caída
estremeciendo el cuerpo dio la vida;
llamábase este bárbaro Leucotón
y que no escapó cristiano desta prueba
para poder llevar la triste nueva.

Canto XXXIII Fresia a Caupolicán

¿Eres tú aquel varón que en pocos días
llenó al mundo con sus hazañas
que con la voz temblar hacías
las remotas naciones más extrañas?
¿Eres tú el capitán que prometías
de conquistar en breve las españas
y someter el ártico hemisferio
al yugo y ley del araucano imperio?

Toma pues a tu hijo que era el fruto
con que el lícito amor me había ligado:
que es sensible dolor y golpe agudo
estos fértiles pechos han secado;
cría, críale tú, que ese membrudo
en cuerpo de hembra se ha trocado
que yo no quiero título de madre
del hijo infame del infame padre.

Canto XXXIV Suplicio de Caupolicán

Descalzo, destocado, a pie, desnudo
dos pesadas cadenas arrastrando
con una soga al cuello y grueso nudo
de la cual el verdugo iba tirando,
cercado en torno de armas y el menudo
pueblos detrás mirando y remirando
si era posible aquello que pasaba,
que visto por los ojos aún dudaba

Luego llegó el verdugo diligente
que era un negro gelofa mal vestido...
...y alzando el pie derecho
aunque de las cadenas impedido
dio tal patada al verdugo que gran trecho
le echó rodando abajo mal herido
le sentaron después con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante
por más que las entrañas le rompiese
barrenándole el cuerpo fue bastante
a que al dolor intenso se rindiese
que con sereno término y semblante
sin que labio ni ceja retorciese,
sosegado quedó de tal manera
que si en un estrado estuviese.

Final.

Aquí llegó, donde otro no ha llegado
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado...
...el año de cincuenta y ocho entrado
sobre mil y quinientos, por febrero”.-

Documento N° 3

Cautiverio Feliz, de Francisco Pineda y Bascuñan : “En que se refiere la batalla que el Tercio de San Felipe de Austria tuvo en el sitio de Las Cangrejas, adonde murieron cien hombres y el autor quedó preso y cautivo entre los araucanos” (Extracto)

“Una legua de nuestro cuartel (Tercio de San Felipe de Austria) llegaron más de ochocientos indios enemigos, y en un estrecho paso del estero que llaman las Cangrejas, nos aguardaron resueltos y adelantados, adonde tuvimos el encuentro había corrido nuestras estancias comarcanas y hecho gran estrago en ellas, cautivados y muerto muchos habitantes, quemando y saqueado algunas chacras y propiedades.

Llegó la primer cuadrilla de hasta doscientos indios al referido paso, adonde embistió con ellos nuestra caballería y trabó escaramuza por apoderarse del paso que tenían ganado, y ellos por defenderle con los nuestros, de suerte que fue la suya tan buena que en aquel primer encuentro degollaron quince españoles y cautivaron tres o cuatro, obligando a los demás a retirarse a una loma rasa cercana al paso, y aguardar la infantería, que con toda prisa marchaba a mi cargo, habiéndonos llegado aviso de haberme encontrado con el enemigo nuestra gente. Y habiendo montado a caballo los infantes que pude, llegué con toda presa al sitio adonde la caballería derrotada nos estaba aguardando; y en tres compañías de infantería que llegamos aún no era el número de ochenta soldados, que con los de la caballería haríamos pocos más de ciento y sesenta, y el ejército enemigo pasaba de mil, porque en el tiempo que nos dilatamos en incorporarnos a los nuestros, se habían agregado las demás cuadrillas enemigas a las que primero ganaron el paso. Cuando en el alto de la loma me puse con la infantería, divisando en los médanos de abajo al enemigo, que algunos de ellos se estaban apeando de sus caballos para embestirnos, al punto desmonté del mío, cogiendo la vanguardia como capitán más antiguo de infantería, disponiendo los soldados que conmigo acababan de llegar con el mejor orden que pude, entreveradas las picas con la arcabucería, fui marchando para el enemigo, que estaría como media cuadra poco más o menos de los nuestros.

Disponiendo la poca gente que en la infantería gobernaba; el enemigo no aguardó a dejarnos acabar de poner en orden para la batalla, pues embistiendo con nosotros en forma de una media luna, la infantería en medio guarnecida por los lados de su caballería, se vino acercando a nuestro pequeño escuadrón, dando unas veces saltos para arriba los infantes, y otras, por desmentir las balas que les tiraban, cosiéndose con el suelo. Erales el tiempo favorable por ser lluvioso y el viento norte apresurado y recio, que nos imposibilitó nuestras armas de fuego, de manera que no se pudo dar más que una carga, y esa sin tiempo ni sazón. Con que al instante su infantería y caballería cargó sobre nosotros con tal fuerza y furia, que a los ochenta hombres que nos hallamos a pie, nos cercó la turbamulta, y habiéndonos desamparado nuestra caballería, nos cogió en medio, y aunque pocos para tan gran número contrario, sin desamparar sus puestos, murieron los más como buenos y alentados soldados peleando valerosamente. Y estando yo haciendo frente en la vanguardia del pequeño escuadrón que gobernaba con algunos piqueros que se me agregaron y oficiales con obligaciones, considerándome en tan evidente peligro, peleando con todo valor y esfuerzo por defender la vida, que es amable, juzgando tener seguras las espaldas, y que los demás soldados hacían lo mismo que nosotros, no habiendo podido resistir la enemiga furia, quedaron muertos y desbaratados mis compañeros, y los pocos que conmigo asistían iban cayendo a mi lado algunos de ellos, y después de haberme dado una lanzada en la muñeca de la mano derecha, quedando imposibilitado de manejar las armas, me descargaron un golpe de macana, especie de porra de madera pesada y fuerte, que derriban de un golpe feroz a un caballo, y con otros que se me asegundaron, me derribaron en tierra dejándome sin sentido, el espaldar de acero bien encajado en mis costillas y el peto atravesado de una lanzada; que a no estar bien armado y postrado por los suelos desatentado, quedara en esta ocasión sin vida entre los demás capitanes, oficiales y soldados que murieron.

Cuando volví en mí y cobré alientos, me hallé cautivo y preso de mis enemigos. Y me vi fuera de aquel peligro de la vida, no cesaba de dar infinitas gracias a nuestro Dios y Señor por haberme sacado con bien.

Gran consuelo recibí con las razones de mi dueño y señor Maulicán, mostrándome agradecido a sus promesas.

Grande fue el susto y pesar que recibí, cuando vi venir una procesión tumultuosa de demonios enemigos en demanda mía, con sus armas en sus manos, y a un mozo pobre soldado español cautivo, liadas para atrás las manos, tirándole un indio de una soga que llevaba al cuello.

Seguimos a los caciques y llegamos al lugar adonde nos aguardaban los demás; y luego se fueron poniendo en orden según costumbres de sus tierras; en medio pusieron al mozo soldado que trajeron liado para el sacrificio.

Allegóse Maulicán, mi amo, al desdichado mancebo y dijole “cuenta los palillos” pasándoselos con una mano.

Estuvo un rato suspenso sin acertar a hablar palabra, por la turbación de la muerte que aguardaba; le mandaron fuese echando tierra sobre doce palillos en un hoyo, y estando en esto ocupado, le dio en el cerebro un tan gran golpe, que le echó los sesos fuera con la macana. Al instante los que estaban con los cuchillos en las manos, le abrieron el pecho y le sacaron el corazón palpitando y se lo entregaron a mi amo, que después de haberlo chupado la sangre, le trajeron una quita de tabaco y cogiendo humo en la boca, lo fue echando....

Esta junta de guerra de guerra y extraordinario parlamento no se ha encaminado a otra cosa que a venir mancomunados a comprarme a mis amo; ofrecen dos caballos buenos, una llama, un collar de piedras ricas, un caballo ensillado, una hija y su voluntad. Dijo mi amo: vuestra demanda es muy justa y vuestra intención muy conforme al bien de nuestra tierra; dejad que le lleve a vista de los de mi casa, de los demás toques y caciques principales para que reconozcan y vean que soy persona de todo valor y esfuerzo, acreditando con él en esta ocasión la fortuna; que dentro de breves días os lo llevaré en persona para que dispongáis el parlamento para la ejecución de vuestros intentos y los míos.

¿Cómo puede haber paz en Chile, cómo se pueden esperar mejoras, cómo no ha de ser la guerra inacabable, y por muchos siglos prolija y dilatada, si se le llegan y adjuntan a sus infortunios grandes, las discordias, controversias y malas querencias entre los gobernadores y generales del ejército? De ninguna suerte se avienen bien los forasteros con los naturales: y verdaderamente que los más que han venido a gobernar este remoto reino, parece que lo han sido, pues le tienen en tan miserable estado como en el hoy se halla. Tengo dudado, no deben de llegar a la presencia del Rey Nuestra Majestad ni a sus oídos, las relaciones verdaderas de las ruinas y pérdidas de nuestras fronteras, que fuera muy posible que informado del perverso estilo de gobierno de algunos sus ministros han tenido. Y considerando que en tantos siglos como ha que gobiernan a Chile forasteros, no ha tenido provecho ni utilidad alguna, si cada día los gastos de su real patrimonio dilatan más la guerra.

Grande fue la felicidad y buena suerte que entre estos bárbaros infieles tuve afortunado, así por el amor con que me trataban los principales caciques, como por la dicha que me acompañó para contra las tradiciones de los que anhelosos solicitaban el último y desastroso fin de mis días. Ya estaban los caciques, y el mensajero Molbunante, hombres y mujeres asentados al fuego, donde estaban platicando y disponiendo la marcha de nuestro viaje; trajeron un ramo de canelo y se lo entregaron a Molbunante para que con él en las manos predicase el fin alegre: significó estar muy agradecido de mi amo Maulicán, no tan solamente por la liberalidad con que me había entregado para el rescate de caciques que estaban presos; y de los demás caciques imperiales adonde con todo amor y regalo me habían tenido seguro, quieto y defendido.

Salimos para tierra de cristianos a los veinte y siete días de noviembre año de 1629; salimos de la Imperial más de cincuenta, todos bien armados y resueltos a defenderme de los enemigos. A los veinte y nueve días de noviembre llegamos a los muros del fuerte de Nacimiento, con bandera de paz y de lienzo blanco, que yo en las manos la llevase; y habiendo dejado las armas nos acercamos a la muralla de maderos tupidos. Pues hagamos luego el trueque, dijo Molbunante. Sea muy en hora buena, contestó el capitán de la guerra del fuerte. Y al entrar yo por las puertas y salir los caciques prisioneros, después de habernos abrazado con regocijo de los unos y de los otros, dieron una muy buena carga de mosquetería y salva de artillería.

Quedéme con los nuestros, y no sé cómo significar el gusto y placer que manifestaron en lo común aquellos pobres soldados, abrazándome los unos y los otros; dándome infinitos parabienes, y yo, con lágrimas en mis ojos de alegría, no les acertaba a hablar palabra.

Nos fuimos todos juntos a la iglesia, adonde con rendidos corazones alabamos a nuestro Dios y Señor, y le dimos infinitas gracias, cantando las letanías a la Virgen Santísima y otras devotas oraciones.

En que se da fin glorioso a la historia con la acción que mi padre, y yo hicimos, confesando y comulgando en acción de gracias de la Sacratísima Concepción de la Virgen Señora Nuestra”.-

Bibliografía consultada:

Ercilla y Zúñiga, Alonso de : “La Araucana”. Editorial Universitaria. Quinta Edición, Santiago, 1977.

Núñez de Pineda y Bascañan, Francisco : “Cautiverio Feliz”. Editorial Universitaria, Santiago, 1973

Valdivia, Pedro de : “Cartas de relación de la conquista de Chile”. Editorial Universitaria. Segunda Edición, Santiago, 1978.